

Zaiztezte zintzo, gorde zazute
 gurasoen fede zarra;
 pakean bizi, lanean jardun:
 au dut esan nai bearra.

*Sed leales: mantened la fe de vuestros
 mayores, vivid en la paz y en el trabajo:
 es mi única recomendación.*

("Orixe")



**Angel Hermoso de Mendoza
 Goicoechea**

Sacerdote

† Pamplona, 4 - Diciembre 1974



M.^a Dolores Hermoso de Mendoza
y familia

Muy agradecidos

EL SACERDOTE

† Don Angel Hermoso de Mendoza Goicoechea 12

falleció en Pamplona el día 4 de Diciembre de 1974, después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica de Su Santidad.

— R. I. P. —

LOS CONCEJOS DE OLABE Y OLAIZ,

INVITAN a sus familiares y amigos a los funerales que por su eterno descanso se celebrarán HOY, JUEVES, día 12 de diciembre, a las SIETE de la tarde, en la Iglesia Parroquial de Olabe.

OLABE · OLAIZ 12 DE DICIEMBRE DE 1974

14.
† **Don Angel Hermoso de Mendoza Goicoechea**

(Presbítero)

— R. I. P. —

El Patronato de Fomento del Vascuence de la Excma. Diputación Foral de Navarra,

INVITA a sus familiares y amistades a la misa cantada que se celebrará en sufragio de su alma, el MARTES día 14 de enero, a las SIETE Y MEDIA de la tarde, en la iglesia de los RR. PP. Carmelitas de Pamplona.

PAMPLONA, 12 DE DE ENERO DE 1975

Nuestro recuerdo a don Angel Hermoso de Mendoza, recientemente fallecido



Ha muerto un gran amigo nuestro: el sacerdote don Angel Hermoso de Mendoza Goicochea. Había nacido en Dicastillo en 1909, de una familia muy cristiana, que contaba con un estimable patrimonio. De inteligencia muy despierta, con afi-

ciones intelectuales y gran sentido de las soluciones prácticas, tuvo, en lo humano, todas las posibilidades de hacer una carrera brillante con la que poder situarse en posición preeminente. Sin embargo, quiso ser sacerdote, estudió en el Seminario de Pamplona y se ordenó en 1932. Desde entonces, ha prestado servicio a la Iglesia, siempre desde puestos humildes. Ha sido párroco de Ganuza, de Olave y de Lerga; vivía a sus anchas en los ambientes rurales. Tenía un pleno conocimiento de la idiosincrasia de nuestro pueblo y supo aplicarse a servirlo, en su calidad sacerdotal y en esa otra faceta del servicio a los demás, que consiste en aportar sus ideas y su actividad al esfuerzo de los hombres del agro para crecer sobre sí mismos. Hay una anécdota curiosa de su época de Olave. Propuso una serie de mejoras que entonces parecían inverosímiles y todas se llevaron a la práctica. Un periódico de San Sebastián dio publicidad a las realizaciones y cuando lo leyó la infanta Doña Eulalia, no pudo creerlas; sin embargo, quiso cerciorarse y un día se presentó en Olave, donde vio que todo era cierto. La Infanta dejó su firma en el Libro de Bautismos, en testimonio de su visita y en homenaje al Párroco, cerebro y motor de aquel progreso. Cuando se marchó, los de Olave lo nombraron Alcalde honorario.

El último cargo eclesiástico que tuvo don Angel fue el de coadjutor de El Salvador, de la Rochapea. Allí, los problemas eran distintos, pero enseguida promovió una agrupación de viviendas, que fue una de las

primeras de Pamplona. Los beneficiarios — todos ellos obreros — le dedicaron una plaza pública, que él ostentaba con orgullo. Minada su salud, hacia fines se retiró del servicio parroquial, pero nunca abandonó el ministerio activo, ni el celo en la Casa de Dios.

Era un hombre muy culto. Estaba al día en todos los problemas que tiene planteados la Iglesia. Los conocía a fondo. Este era un rasgo personal suyo, que se manifestó toda su vida: ser ávido de problemas. Sabía muchas cosas que sucedían; bebía en las mejores fuentes de información y siempre buscaba remedio a los males. No era uno de esos hombres que se encogen de hombros ante las dificultades, porque piensa que no puede vencerlas. Intentaba resolverlas en su esfera de actuación, porque tenía una fuerte personalidad, y conocía el valor del esfuerzo de cada uno. Su curiosidad era fruto de su sentido del deber de sacerdote católico y, a su vez, era causa de que fuera un hombre con opiniones sobre muchas cosas; opiniones que, a veces, disreparaban de las que sostenía el común de las gentes. Jamás fue rebelde, pero jamás fue un conformista mediocre. Era un gran amante de Navarra y defendió todo lo que pertenece a la esencia de Navarra; conocía a fondo nuestros fueros, nuestra historia, nuestra literatura. Hablaba razonablemente de nuestras virtudes y de nuestros defectos. Defendía bravamente, conforme a su criterio, los aciertos de los que toman decisiones, como censuraba los desaciertos. Andaba con los ojos abiertos a la verdad. Era insobornable.

Cuando llegó esta hora triste de la Iglesia, don Angel tomó plena conciencia de la situación. Como hombre de fe, asumió el riesgo de la fidelidad. Ha sabido enfrentarse con el contraevangelio que se predica y con los hombres concretos que lo predicán. Ha dado mucho aliento a muchos inhibidos. Tenía una pluma vibrante y la puso al servicio del Evangelio. Nuestros lectores han recibido también doctrina suya. Y, en cuestiones delicadas, supo ejercitar la corrección fraterna, en privado, con ciencia, competencia y prestigio, siempre con la responsabilidad de su firma, siguiendo la lección de San Pablo: "veritatem facientes in caritate". Don Angel era amante de lo vasco, pero, cuando se apercibió que el trasfondo cultural vasco se utilizaba en daño de la ortodoxia católica, don Angel tuvo competencia y energía para señalar los peligros y apuntar las soluciones. Enderezó mucho del mal que, por vía subterránea, se intentaba sembrar desde las ikastolas.

Don Angel fue generoso. Algunos pecadores han conocido la santa coacción del hombre de Dios, animado con el brío de la fe. Algunos de condición económica humilde han comprobado cómo un hombre de Dios, que recibe la cuantiosa herencia de un tío suyo, la distribuye entre ellos, sin ruido, sin humillar. Alguna comunidad religiosa, que intentó comprarle una finca, la recibió en donación.

Muchos misioneros han recibido de don Angel, junto con el apoyo espiritual de las oraciones, el material del dinero. Para recibir su ayuda bastaba demostrar que servían a la causa de Dios, sin claudicaciones ni falsificaciones. Don Angel buscaba siempre los focos de defensa de la fe; su amistad incondicional la tenían comunidades como las de Leyre, monjas de clausura y parroquias de suburbio.

Su enfermedad, de curso irreversible, de pronto tomó un ritmo galopante y, para muchos, su muerte ha sido una sorpresa. Nosotros hemos perdido un buen amigo y todos los que creemos en la inmutabilidad del mensaje evangélico tenemos motivo para llorar a un defensor de la fe que ha cambiado de morada. Descanse en paz.